

POEMAS DEL LIBRO 'MONTE'

Autor: NOELIA SOLEDAD RIQUELME

Monte es un poemario escrito en la voz del propio monte. Allí, a lo largo de cuatro capítulos el monte habla sobre su vínculo con el río, su fauna y flora, el paso de las estaciones y sus cambios, así como también del vínculo con los humanos, denunciando sus quemas, pesca y caza indiscriminada y la pérdida de tierras, antes sagradas, ahora mero objeto capital.

Cada portada de capítulo tiene una ilustración que hace referencia al título. Las mismas, al igual que el diseño de tapa y contratapa, son de Silvina Cepellotti, una artista de la ciudad de Paraná.

Transcribo aquí 4 poemas, los cuales se enumeran y no llevan títulos.

Los capítulos del poemario son: “Monte y río”, “Estaciones”, “Refugio” y “Humano”.

1

El aleteo de un biguá

sobre las aguas

sacude el silencio y me espabila.

Soy el verde que gobierna

tierras mesopotámicas del litoral.

Soy en la inmensidad de la llanura

y vida en ese espacio.

Un soberano natural.

Soy la esencia de innumerables culturas

cantando y danzando

a lo largo del tiempo.

Soy lo que cada hombre o mujer

quiera encontrar en mí

en la calidez de mi terruño

o en la frescura de mis ramas.

Un lugar de libertad.

Protejo a cada ser que ronda por aquí.

Ellos

en su mayoría

cuidan de mí.

Domino el paisaje recorrido por canoas.

Cada árbol nativo me pertenece.

Conozco cada semilla que cae

y cada nuevo brote que germina.

Soy dueño de aromas y sonidos silvestres.

Puedo ser profunda soledad

o inmensa compañía.

Un sitio de paz para algunos

o de profundos miedos para otros.

Como preludio

la amplitud de mi nombre:

Monte,

sin más.

3

El río y yo somos uno.

Riega mi tierra

alimenta mi vegetación

sacia la sed

de cuanto animal ronda por aquí.

Fuerza que fluye

incontrolable

indomable

incansable.

Su flujo me inunda

me quita terreno

moldea mis barrancas

a merced de crecientes

y bajadas.

Cada añoso árbol

cada enorme y pequeña porción de tierra

me pertenecen

hasta que llega él con su bravura.

El viento le susurra secretos

a la superficie de sus aguas que,

con el suave y constante murmullo

de una nueva creciente,

llegan,

me saludan

y avanzan

en legítima reverencia.

Sé bien que no deben

rendirse a mis pies,

en todo caso es mi tierra

la que está a su merced.

13

Una diversidad de latidos

que solo yo conozco

transita mis senderos.

Luego están

todopoderosos

quienes creen conocerme.

Repletos de ideas.

Con un sinfín de herramientas

de observación

de registro

de medición.

Exploradores.

Me río de ellos

mientras me asocio a los vientos

cómplices para destruir

los mapas de la identidad

que pretenden trazarme

cuando toman fotos de aves

y de animales

cuando clasifican arbustos

y árboles

cuando miden las profundidades

de las aguas que me rodean.

Quizás un día logren conocerme del todo.

Me niego a ello

a entregarme por completo.

Me niego a que crean
que por haberme investigado
saben cuánto duele la agonía
del canto de los pájaros
cuando los están aniquilando.

18

El fuego me pertenece.

O eso creía.

Que la llama que los humanos encendían
en mi tierra
era al fin y al cabo
mi fuego.

Ahora su presencia me aterroriza.

Unas veces
las tormentas estivales
devoran mis árboles y mi vegetación
con rayos incendiarios en la aridez.

Otras veces
el hombre
ingrato conmigo
lo hace a propósito.
Parece que no le alcanzan
las tierras desmontadas y necesita
aniquilar
las que aún me quedan.

Lo inicia él.

El viento y el calor
cómplices involuntarios
hacen lo propio.

Mis hectáreas llenas de vida
quedan carbonizadas
secas
estériles.

Entonces llegan las máquinas.

Y también me aterran.
Y también me arrasan.

Desmiembran
despojan
expropian
arrebatan.
Aplanan y nivelan,
dibujan y proyectan.

Hay quienes se oponen.
Acusan al poder
de imponer la ganancia
por encima de la vida.

Me llaman patrimonio universal
de una condición de humanidad
casi desaparecida.